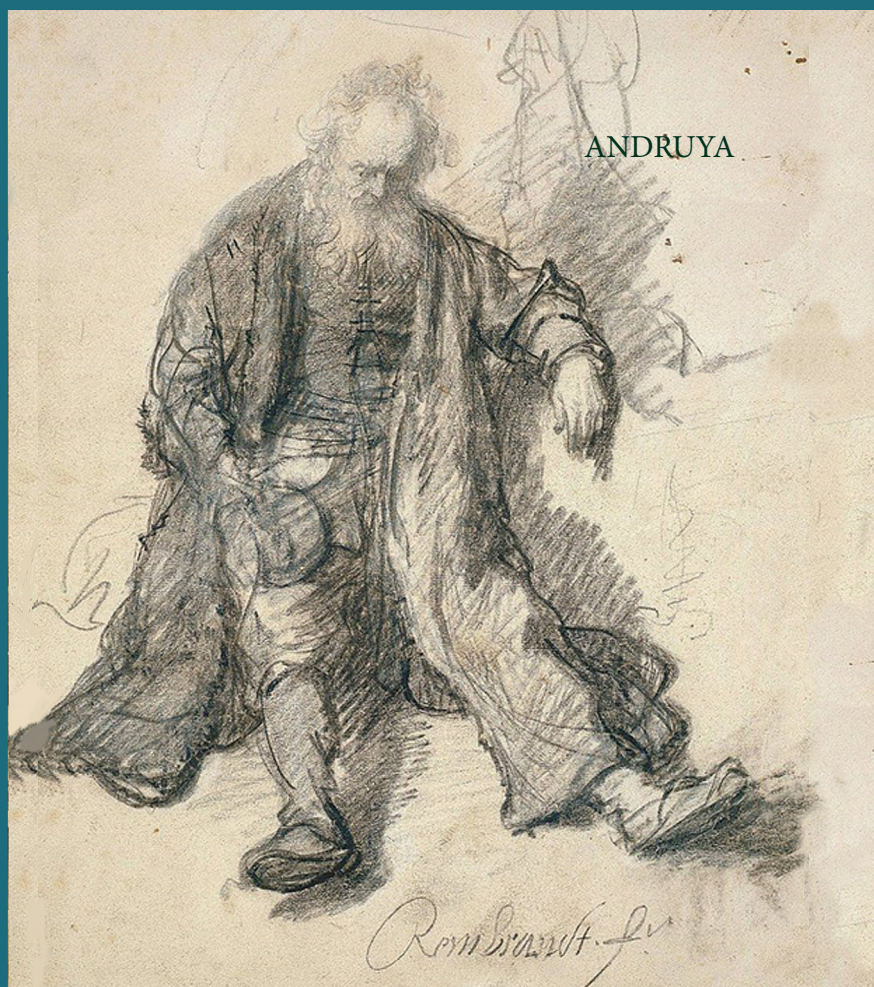




FIODOR

FIODOR

Olv idado tras unas cajas de cartón en la esquina más húmeda de la ciudad, debajo de sucios harapos malolientes, descansaba Fiódor sobre su cama de arpillera cuando el estómago comenzó a resonarle cual volcán en erupción, con tanto alboroto que logró despertarlo de la borrachera. Se incorporó en su lecho, se rascó la barba crecida y hurgó en la basura buscando el cabo de alguna manzana mastica-da que le sirviera de desayuno, pero nada encontró. Era domingo al mediodía y la pequeña ciudad de Belgrado estaba desierta. Se le ocurrió entonces, que lo mejor que podía hacer para acallar aquel rugir, era caminar hasta alguna vivienda en búsqueda de algún donativo que saciase su apetito. Deambuló por la acera, hasta que comenzó a olfatear el exquisito aroma de la carne asada danzando en el aire, y su deseo de comida se enaltecizó. Agudizó la nariz aspirando con fuerza y se dio cuenta que el aroma provenía de una enorme mansión ubicada en la parte alta de la ciudad, allí donde moraban condes y millonarios. “Me darán un gran almuerzo”, pensó Fiódor. Estaba tan flaco que se le podían contar las costillas; caminar descalzo, cuesta arriba, le costó mucho trabajo, pero finalmente llegó a un gran pórtico de bronce ornamentado desde

el cual pudo observar una familia que, bajo una glorieta cubierta de flores, disfrutaba de una parrillada. El chisporrotear de la grasa le hizo agua la boca. Podía distinguir los fabulosos choricitos con los que los serbios (en ese entonces checoslovacos), preparan el Cevapi, un delicioso manjar comparable con los mayores placeres de la vida. Además, el pordiosero logró distinguir un enorme pavo que se cocía a fuego lento y decenas de ensaladas servidas en la mesa. Mientras los niños jugaban y reían junto a la piscina, los adultos comían canapés de langostinos y bebían champagne que el mayordomo repartía en una bandeja de plata. Fiódor, contento, llamó a la puerta, y un señor de traje negro con relucientes botones dorados y elegante moño se acercó a recibirlo:

—Buenos días... ¿Qué se le ofrece?

—Disculpe uste... —dijo Fiódor, con mucha vergüenza—, no es que quiera incomodarlo... pero la tripa manda ¿vio?

—Lamento no entenderle, señor.

—Que tengo hambre —insistió Fiódor, señalando la boca con todos sus dedos—, ¿podría darme algo para englutir?

—Sí, cómo no... desde luego —dijo el sirviente, apiadándose del vagabundo—, ya le traigo.

El portero se retiró y Fiódor no pudo sino imaginar alguna de las delicias que comería: cevap relleno con paté de caviar, brochette de pavo con finas hierbas, o quizás un jugoso pato a la naranja... Cuando el mayordomo volvió, sin embargo, le entregó una hogaza de pan.

—¡Paaaaaan! —exclamó Fiódor, desconcertado, abriendo los ojos como una lechuza.

—Es una *baguette* de centeno —contestó el mayordomo, con cierto acento francés.

—¿Pan? —repitió, el linyera— ¡Con todas las cosas sabrosas que tienen para comer... ustedes devoran pavo... ¿y me trae un mi-

serable pan?

—Es lo que el Señor ordenó.

—¡Pero qué amarrete! ¡Raspamonedas! ¡tragavirotes!. Mejor dígame al Señor ese, que se lo meta por el trasero —contestó Fiódor, revoleándole la hogaza por la cabeza.

Estaba indignado: había caminado largas cuadras barranca arriba, bajo el ardiente sol, para recibir un mísero trozo de pan. Se hubiera quedado toda la tarde insultando a esa gente, pero una jauría de perros negros de gran porte se acercaron gruñendo y lo disuadieron.

Vio que unas cuadras más abajo se erguía una residencia muy



bonita (aunque no tanto como la ya visitada), con preciosos techos de teja colorada, estilo colonial. Como el volcán seguía rugiendo en su barriga, decidió dirigirse hasta allí, a probar suerte. Había un insólito carruaje aparcado en la puerta, de esos modernos que no necesitan caballos, sino que son impulsados por sofisticados mecanismos pero a Fiódor no le interesó contemplarlo. Junto a la puerta, una placa de bronce rezaba: Dr. Nicolái M. Go-

goleski, fisiólogo y nutricionista. Aunque el vagabundo no sabía leer, entendió que eso era un toque de distinción. “Aquí comeré bien”, se dijo, mientras buscaba en vano la campanilla, puesto que la propiedad contaba con un moderno timbre eléctrico. Estaba por rendirse cuando logró activarlo, casi por casualidad, y un ding-dong resonó puertas adentro. Instantes después, un señor joven de piel bronceada y cabellos sedosos, vestido con ropas mo-

dernas, se presentó a la puerta.

—Buenas tardes... ¿Qué se le ofrece? —dijo el hombre, mientras miraba la hora en su reloj colgante.

—Disculpe uste, don —dijo Fiódor tratando de ser respetuoso—, pero tengo mucha, mucha gazuza, ¿podría darme algo para calentar mi panza?

—Estómago —corrigió le doctor— panza tienen los animales.

—Es que yo soy medio animal... ¿vio?

—Tranquilo, yo lo ayudo —contestó el letrado— Soy doctor. Sé exactamente qué hacer.

—Gracias, muchas...

—La caridad siempre es buena, y hoy tengo reunión en el Jockey Club —expuso el hombre con una sonrisa y se metió a la casa.

Fiódor se deleitó imaginando el plato de comida que le traería aquel especialista. “Un doctor debe comer bien” pensaba, “debe saber mucho, para tener tanto dinero”. Al cabo de un momento, el entendido regresó.

—Aquí tiene —señaló el erudito, ofreciendo en una bandeja de cartón un pequeñísimo cubo de “algo”, adornado con tres diminutas hojas. Aunque estaba bien presentado, el aspecto de aquel plato era temible y la procedencia del “algo”, indescifrable.

—¿Qué es esto?— preguntó Fiódor, poniendo cara de asco.

—Es tofu de jumiles con ensalada de spirulina disecada —contestó el especialista, con mucha seguridad.

—¿Y se come? —preguntó Fiódor, analizando el “algo” que contenía cositas parecidas a gusanitos.

—Es comida macrobiótica.

—¿Macro? Más bien parece micro —replicó el linyera, decepcionado. Sentía que se necesitaban diecisiete platos de “eso” para calmar su apetito. Además, solo de verlo, le daba arcadas.

—Usted no entiende, son algas traídas de Indonesia —remarcó el

doctor—, tienen tan solo tres calorías, contienen aminoácidos...
—¿Solo tres? —replicó el vagabundo indignado— ¿Con todas las cosas que usted debe tener en su heladera, ¡me trae solamente tres calorías!, en forma de queso rancio y alfalfa para caballo?
—Usted no entiende, es un alimento rico en fibra, a base de...
—¿Y no tendrá un sanguche de carne o unos fideos a la carbonara?

—¿Carbohidratos? ¡Eso es veneno! —refutó el médico.

—¿Veneno? Veneno es este excremento que me traje.

—No sabe lo que dice —contestó el médico, enojado— además esto tiene salsa de periplaneta americana, ¿conoce lo bueno que son las cucarachas para el colesterol?

—¡El que no entiende nada es usted! —contestó Fiódor, revolviendo la bandeja contra el doctor, manchándole la camisa y gritándole con devoción:— Si quería comer cucarachas ¡no salía de mi cama!

El doctor se sintió ofendido, y reaccionó de mala manera, insultando al pordiosero.

—Entonces váyase de acá, ¡borracho desagradecido!

—Pero métase las algas de Indonesia por el traste... ¡Lechuguino! ¡Zurumbático!

Y entre palabras y palabrotas, Fiódor se alejó de aquel hombre. Se sentía decepcionado de la gente adinerada. “Son unos tacaños” pensaba. La discusión y el caminar habían avivado aún más su apetito. Unos metros colina abajo divisó una casa de aspecto común y corriente y, rezando que lo atendiera una persona “como la gente”, llamó a la puerta. Pasó un rato, y nadie lo atendió, así que decidió golpear más fuerte. Y más. Pero nadie salía. Insistió con energía hasta que por fin, un hombre de mameluco todo pintarrajeado se asomó por la ventana. Tenía cara de enojado y una

porción de pizza en la mano.

—¿Qué ocurre?! ¿No ve que es la hora del almuerzo?

—Sí, por eso vengo, es que tengo mucha, mucha, mucha bulla en la panza... esmótaque!

—¿Qué?

—Que tengo hambre.

—¿Y ahora se acuerda?

—Me acordé hace un rato, pero no he tenido suerte pidiendo.

—¿Y no probó trabajando?

—¿Disculpe?

—No lo disculpo —dijo el pintor— ¡Yo me levanto a las seis y media de la mañana, trabajo de sol a sol para traerle la comida a mis hijos, sin francos ni feriados hago plomería, pintura, albañilería y, en el único momento que tengo para estar tranquilo con mi familia, viene usted a “acordarse” que tiene hambre?

—Bueno, no se enoje— dijo Fiódor, dando un paso atrás.

—Si quiere progresar tiene que trabajar...



Fiódor no pudo prestarle atención al hombre (que no paraba de sermonearlo), porque su mirada se posó en la porción de pizza. Estaba hipnotizado con el queso fundido que se derretía por los costados de la esponjosa masa, con la increíble salsa de tomate confitada recubierta de jamón crudo y decorada con una brillante aceituna verde.

—...entonces, recién ahí, podrá sentarse a descansar con sus hijos, y comer en paz—concluyó el pintor, que al notar que Fiódor no le escu-

chaba, tuvo que llamarle la atención— ¿Me escuchó?

—Algo... de plantar semillas...

—¡Usted es un descarado!

—Bueno, pero no ladre que no soy perro. ¿Le sobraría una porción de pizza que darme?

El hombre se enfureció, tanto que se comió la porción de pizza mirando directo a los ojos del vagabundo, para hacerlo sufrir. Luego, con un fuerte golpe, le cerró la ventana en la cara.

A Fiódor se le hizo un agujero en la panza y otro en el corazón. Estaba abatido, desconsolado. No entendía cómo la gente podía odiarlo tanto, si él nunca le había hecho mal a nadie. Sus tripas se retorcían y sentía que le bajaba la presión. Estaba a punto de desmayarse cuando vio un rancho de madera con chimenea humeante, apostado sobre el final del pueblo. “Allí seguro hay comida”, pensó y se arrastró como pudo, desfalleciente, hasta el rancho. Pero al llegar, comenzó a dudar que su incursión pudiese tener un buen final. La cabaña estaba muy mal mantenida, con agujeros en las paredes y en el techo. En la vereda había algunos juguetes viejos tirados, y media docena de niños que gritaban, se perseguían, se pegaban, lloraban y volvían a gritar. Como la puerta estaba abierta, dio unos golpecitos y pasó. Adentro encontró a una señora muy gorda, que mientras aullaba órdenes a sus hijos, freía unas tortafritas en la cocina a leña.

—¡Iván, bajate de ahí! —carraspeó la señora, ajustándose el delantal— ¿Quién es usted, mijo? ¿Qué hace aquí?

—Disculpe, es que tengo mucha, mucha, mucha, mucha... —contesto Fiódor, agarrándose el estómago— y quería saber si la señora no tendría algo para... —completó señalándose la boca con los dedos.

—¡Iván, bajate de ahí YA MISMO! —ladró la mujer.

—... Para comer... —completó Fiódor por sobre el barullo. Pero la señora no pareció escucharlo, se sacó la chancleta y, profirió una fuerte amenaza a su hijuelo.

—¡QUETE BAJES DE AHÍ, ZAMPABOLLOS!

Fiódor estaba abatido. El volcán en su estómago hacía tiempo había estallado. Sentía sus entrañas devorándole desde adentro, como si se estuviera comiendo a sí mismo.

—¡Por favor, deme algo... necesito comer! —exclamó angustiado.

—Mire mijo... acá estoy haciendo unas tortas que, con todo gusto... —estaba respondiendo la señora cuando un ruido a trastos rotos la interrumpió— ¡Iván, la madre que te parió, te dije, te dije que te bajaras, gilipollas! ¡Mojigato!

La señora no pudo completar la frase porque tuvo que salir a repartir chancletazos. Fiódor se quedó allí por un rato, contem-

plando la escena. Había un bebé llorando en su mecedora, dos niños muy flacos y pequeños durmiendo en un sillón andrajoso, y otro par de criaturas sentadas a la mesa con la vista perdida, esperando recibir un plato de comida. Los demás seguían gritando y corriendo por toda la casa. El vagabundo se preguntaba cómo podría ser que la señora estuviera tan gorda y los hijos tan flacos.



En una fuente de lata, dentro de un aceite espeso y oscuro, se freían unas bolas de harina de mandioca. Aunque no se veían nada bien, una vez más, el aroma de la comida resultó insoportable para el vagabundo que no pudo contener la tentación y, mano-

teando un tenedor se dispuso a cazar la escurridiza tortafrita.

—Lo siento, mijo —dijo la mujer al regresar, entre los llantos desconsolados de su primogénito—, me encantaría convidarle, pero tengo ocho niños que alimentar, y hace tiempo que mi marido nos abandonó. No puedo andar regalando la comida —completó, quitándole la masita de la boca para entregársela a uno de sus críos.

El vagabundo se sintió desfallecer. Triste, saludó y se dispuso a marcharse. Tanta pena daba, que la mujer no pudo contenerse.

—Espere, mijo —dijo, revolviendo en una bolsa— acá tengo algo para usted —Y, estirando su brazo, le ofreció un trozo de pan viejo, duro como un ladrillo, con algunos trocitos de mugre pegados por fuera— Es pan que a veces tiran los de la mansión, lo saqué hace unos días de su contenedor de basura.

Fiódor contempló unos instantes a la señora, pensando en rechazar la oferta, pero se dio cuenta, apenado, que ella no podía brindarle más. Tomó el pan y salió.

Trató de roerlo, pero le era imposible. Una roca hubiera sido más blanda. Abatido, pensó en arrojar el pan muy lejos, pero ya no tenía fuerzas siquiera para eso. Se sentó bajo un árbol pensando en morir. “Así, al menos, alimentaré a los chimangos... o a los gusanos” pensó. Sus fuerzas lo abandonaron y los ojos se le cerraron. En aquel momento notó que tras el pantano, una choza de chapas se erguía sobre el enorme basural. Arrastrándose entre trastos usados llegó hasta la puerta de chapa oxidada. “¿Cómo puede alguien vivir en estas condiciones?”, pensó Fiódor, mientras llamaba débilmente, temiendo descalabrar la vivienda. Al cabo de unos segundos salió un pordiosero de larga cabellera, envuelto en harapos aún más agujereados y malolientes que los de Fiódor. Tenía muy deteriorado el rostro, pálido, con la carne pegada al hueso y los ojos hundidos bajo los párpados ojerosos.



—¡Qué suerte que has venido a visitarme! —exclamó el andrajoso pordiosero—. Bendito seas. —Disculpa, creo que me te equivocas...

—¡Y me has traído un trozo de pan para convidarme! —repuso contento el pordiosero de larga cabellera —Hace cuarenta días que estoy en ayuno. ¡No sabes lo bien que me viene!

—No sirve —contestó Fiódor, desconsolado—. Está duro.

—No te preocupes, hermano —repuso el dueño de casa, invitándole a entrar—, a mí me servirá, dios siempre provee.

El hombre puso un jarrito a calentar sobre la fogata, y tiró el trozo de pan dentro.

—Cada uno da lo que tiene —dijo, mientras revolvía con un palito el contenido de la lata— Si tienes miedo, darás mezquindad por temor a quedarte sin nada. Si eres pedante, darás sermones. Si estás oprimido, ladrarás como un perro. Si lleno de pena, darás lástima.

—¿Y yo? ¿Que tengo para dar? ¿Hambre?

—Oportunidades. —contestó el pordiosero. Se le acercó y tomándole las manos le dijo—: Tú le das al miedoso la chance de ser valiente; al pedante de ser humilde; al penoso la oportunidad de compartir su júbilo —completó el muchacho, y sus ojos claros brillaron hasta el infinito.

—Disculpa... ¿eres tú el mesías?

—Sí.

Fiódor sintió una gran decepción, hacía muchos años que ha-

bía dejado de creer en las religiones, y ese mismo día, casualmente, había dejado de creer en la gente.

—¿Y tengo que escuchar tus sandeces? ¡Badulaque! ¡Estaferno!

—Siempre habrá quién arroje piedras, y quien con ella construya una morada —dijo, y miró a Fiódor con ojos infinitos, celestiales.

—¿Y de que me sirve las piedras? ¡Por qué diantres mi mirás así!

—Lo lamento, a ti ya nada te vale. —contestó el mesías, tomándolo por los brazos— Pero has sabido llevar mi palabra, y eres bienvenido.

—¿Me devuelves mi pan? Tengo que irme.

El mesías no pudo evitar dejar escapar una sonrisita. Le conmovía la ingenuidad de aquel vagabundo, que le arrebató el marroco tratando de marcharse.

—Algunos saben leer entre líneas, y otros simplemente disfrutan del libro —añadió, dándose por vencido.

—¿Qué libro?

Los chimangos picoteaban el cadáver sin vida; desgarraban la carne putrefacta mientras decenas de gusanos se hundían por las cavidades de los ojos buscando alimento. Una manzana cayó del árbol, en medio de su cabeza, pero hacía tiempo que Fiódor ya estaba muerto.

Fin.

